

Relatos ganaderos

De Norte a Sur, cañadas y veredas

por: Carlos Barragán Bermejo

Las tierras altas de Teruel son patrimonio de belleza y sosiego. Los centenarios pinares del albar silvestre, el rodano malva, y el silencio de sus campos otorgan a estas tierras un atractivo especial. Hasta los lugareños son callados, al aire de la soledad de sus pueblos, que no es soledad hiriente sino un ancestral modo de vida. Un buen paisaje es, siempre, una grata compañía para estos serranos que saludan al amor de la primavera con el canto de los mayos.

Hasta Albarracín, la agricultura tiene hechuras de vega. El pueblo de la moreña, el bien fundado por Ab-den-Racín, marca el límite de la llanada. Hacia arriba, los ríos empiezan a ser bravíos y el endri-

no, el majuelo, el escaramujo que florea en blanco y canela, y el rebollar, rojizo cuando otoñal, van dibujando el ser de aquellas latitudes, ornadas con alguna pedriza, a cuya vera tiene humildad y aroma el tomillo y el espliego. Cerca, en el herbazal, el toro.

DE GANADOS Y PASTORES

A finales del Paleolítico Superior, cuando el hombre primitivo había descubierto el sílex, y la caza con tal artilugio abría nuevas perspectivas en las despenas rocosas, el toro ibérico debía campar a sus anchas por esas tierras. Los refu-

gios y las inturas rupestres, abundantes y sugerentes como Los Prados del Navazo; Pudiales, Cocinilla del Obispo, Barranco de Olivanas, y otras, máxima expresión del llamado arte levantino, dan constancia de ello.

Hoy, cuando contemplas ese devenir de siglos, esos rasgos pintados en las piedras de la siesta o el asueto, sientes, a poca fibra poética que acumules, ese sabor y saber del tiempo que cantaba Bergamín.

Ya solo quedan por allí dos ganaderías de lidia. Una pasta en el Valle del Cabriel y Puerto de Bronchales, comúnmente de Orihuela; otra en Valtablao, valle de verdor y chaparra, ya en la raya de Cuenca.

La trashumancia del ganado bravo, una artesanía en su manejo

Un buen paisaje es siempre una grata compañía

La estabulación es cárcel para el ganado bravo y aburre a la cartera del ganadero



El aire se llena de mugidos, el pinar de colorido, la sierra de vida.



El silencio de la tarde se ve cortado por un monótono cencerreo.

La altura de frescura a los pastizales de verano. Pero el invierno es profundo, crudo e inhóspito para el ganado y dificulta su explotación, por cuanto a la estabulación obliga, aburriendo la cartera del amo.

El encerradero es cárcel para el ganado bravo. Por eso hay que marchar a otras latitudes donde el clima más placentero le permita subsistir y medrar, sin que el pelo hirsuto le arrime de tristeza a la pared, mientras consume horas de ayuno y espera.

LA TRASHUMANCIA

Desde comienzos del siglo XII, en la baja Edad Media, cuando Alfonso VIII, a la sazón Rey de Castilla, otorgó a los ganaderos segovianos el privilegio del pastoreo de toda la provincia, —con excepción de sembrados, prados y jardines—, hasta los tiempos que corren, la Mesta, que no extendería su jurisdicción a Aragón hasta el año 1726, ocupó un lugar primordial en la cría del ganado de pezuña y cuerno.

Su Honrado Concejo, curioso órgano



¡Ea, ea... vamos! —recuerda la voz del mayoral en una liturgia campanera.

regidor, hubo de regular la explotación de pastos comunales, dando al ovino y al vacuno patente y privilegios, nunca bien acogidos por los labradores. Noventa varas de ancho para cañas y cordeles, derechos de tránsito del ganado hacia tierras frescas o cálidas, según anduviese el calendario por San Juan o Todos los Santos, y estancias para esquila.

Sea como fuera, ese ir y venir, esa trashumancia que en su interpretación clásica y doctrinal significa el desplazamiento a otras tierras —en el más simbólico algo como dejar atrás el humo de la casa de cada día— fue, y todavía es, una actividad de peculiaridad y tipismo. Esa peculiaridad se acentúa cuando del ganado bravo se trata, precisamente por esa condición intrínseca de la bravura. Más, ese acento especial, va dificultando cada año su práctica, por cuanto la faena es dura y no se encuentran fácilmente hombres que quieran dormir una veintena de días con el techo de la tienda, o acaso las estrellas, por único cobijo.

HACER LA VEREDA

Un día cualquiera, hacia finales de junio, cuando las jaras blancas y rosadas han dejado su color en la sierra, y el cantueso esparció su aroma a los cuatro vientos, la foresta se llena, por unas horas, de tradición.

El silencio de la tarde, en la tranquilidad pinariega, con ese susurro caracterís-



Anhelante de hierba fresca y descanso, el ganado se hace plena postal.

Vacas paridas, flacas
y cochinos gordos;
las tres maldiciones
del trashumante



En el Paleolítico, el toro ibérico debía campar a sus anchas por estas tierras.
(Fotos: Fernando Lorenzo).

tico y sugerente del roce del vienteillo serrano en las acículas, se ve cortado por un monótono cencerreo. Primero lejano, después próximo.

Para el caminante que de ello entiende, se produce una clara concesión al sentimiento. Allí, a pie firme, apoyado en la corteza de un pino, con una ramita en la mano para apacentar los minutos de la espera, el tiempo parece detenerse. Y, acaso, el aliento.

Los sonos de los zumbos o cañones, por aquí así llaman a los grandes cencerros de los bueyes que abren marcha, van anunciando el cuadro. ¡Ya están aquí...!

Primero aparece un cabestro berrendo en colorado. Luego otro. Y tres vacas que se detienen y levantan la cabeza escrutadoras. Atrás se escuchan las voces del mayoral, animando a la tropa que viene cansina. Casi cien leguas de camino y, además, la subida, la ascensión más bien, del Barranco del Judío, allá por Huélamo, que según el hatero, bien llamado está el puñetero por sus empinadas trochas.

Anhelante de hierba fresca y descanso, el ganado se hace plena postal y transita delante de nosotros confiado. El movimiento de la cabeza denota casi el agotamiento. El aire se llena de mugidos, el pinar de colorido, la sierra de vida. La trashumancia es un lienzo donde se han pintado viejas tradiciones, una parte de la historia de esos Montes Universales, donde el Tajo, que ve la luz por la Fuentesgarca, es tan solo un aprendiz de río.

LA ARRIBADA FINAL

El mayoral viene andando, con el caballo de la rienda. Al paso por las pampas manchegas, habrá echado la piema por encima de la perilla de la montura,

que de alguna forma hay que transitar el careo tranquilo. Acaso, cuando la media docena de vacas, que no ha salido en el cuento diario, se ha quedado atrás barrantando la abrevada, habrá que volver a su búsqueda y llevarlas, ya caída la noche, a la acampada prevista.

Otro vaquero viene adormecido en la cabalgadura. Ambos te dan las buenas tardes, mitad saludo, mitad cumpliendo, con un tonillo distante y amable a la vez, marchando hacia adelante como embebidos en su misión. Luego, nos incorporamos al final del hato para vivir de cerca la esencia de aquello que fuimos a ver, quizás para hacer el adiós más cercano, más prolongado, o acaso no hacerlo.

¡Ea, ea, ... vamos! —recuerda la voz del mayoral en una liturgia campera. Y las vacas siguen con su paso lento, algunas querenciosas de sus becerrillos, otras escasas de gordura, que vacas paridas, flacas y cochinos gordos parecen las tres maldiciones del trashumante.

Es el último día de marcha. Ya se divisa la explanada cercana al caserío. La vacada aviva el paso sacando fuerzas de flaqueza, y el orden se descompone.

Atrás quedan la Cañada Real Conquense, es que pasa por la Ermita de Jesús del Puerto, o la del Centro, la del Picazo, que se junta con la anterior por Cañada Honda. Y casi en el olvido las querencias de la Sierra Morena.

AHORA, EL ESTIO

Junta sus cobres la tarde, como cantaba el poeta, y el ganado arranca ávido los bocados de hierba o arrima el morro al arroyo que baja airoso de aguas. Los vaqueros quitan las monturas dejando en el

lomo del caballo la huella de días, soles y sudores.

La cocina de la casa está mustia y la lumbre quieta. Hay que barrer y calentar la sartén aunque hay poco apetito. Por la ventana entra la tenue luz del crepúsculo y los recuerdos de la llovizna, el airazo y la solanera. Un camino, otro camino...

¡Echame una cerveza, que tengo la garganta como peal de becerro! —dice el vaquero más viejo. ¿Has quitado los cañones a los bueyes? —inquiere el mayoral—. —Ahora voy— ¡Me cag'uen la...! musita el hatero, como resumiendo la labor acabada.

Otro alba, otra mañana. Después la normalidad del verano. Más lejos, la otoñada, el frío, las lloviznas tenues o el agua racheada, preludio de nieve según la cara de la luna. Y otros días de aires montanos, antes del horizonte dilatado de la vuelta a los predios sureños. Y así hasta que el cuerpo aguante.

Pero eso será más tarde. Ahora, las fiestas del pueblo, los amigos de siempre, las migas y el encierro mañanero, la campana chica del pueblo humilde, el trasiego de cada día con su risa, llanto y esperanza. Las vacas han llegado, una vez más, a la dehesa del estío.

Con el paso inexorable del calendario todo va quedando para leyenda. Acaso su destino sea el baúl del desván o el polvo del archivo de cualquier sitio, con lo que estas sierras turolenses, únicas que conservan el privilegio, perderán algo de su identidad, al arrimo de algunas lágrimas del alma.

La trashumancia del ganado bravo, una artesanía en su manejo. Contado y cantado queda, acaso sembrado en esta Agricultura, por quien también caminante, vivió y disfrutó de ello. A lo mejor un día...